

de otro modo... si otro sugeto me hubiera amonestado... — Escusas son estas que parecen nacer de la delicadeza de muchos, mas que proceden en el fondo del orgullo que repugna á la correccion.

CAPITULO XIV.

DE LA PREDICACION EVANGÉLICA.

ARTÍCULO I.

Deber de anunciar la palabra de Dios.

La palabra de Dios es la semilla del campo evangélico, y á los sacerdotes toca, como labradores de este campo, el esparcirla en todos tiempos, para que pueda dar frutos de vida eterna. La palabra de Dios es el pan, el alimento espiritual de los fieles, y los sacerdotes, sobre todo, los curas párrocos, son los padres cuyo deber es dividir y distribuir este pan celestial, que nutre la fe en las almas, la conserva y la fortifica. Tal es el atributo esencial del sacerdocio, atributo que fulgorosamente se nota en los tres años de la vida pública de Jesucristo: *Circuibat Jesus omnes civitates et castella, docens in sinagogis eorum, et prædicans evangelium regni* (Math., 9, 55). Y aseguraba el Redentor que para este solo objeto habia venido al mundo: *Ad hoc enim veni* (Marc., 1, 58). Apenas elige á sus apóstoles, los envia á predicar: *Misit illos prædicare regnum Dei* (Luc., 9, 2).

Instituye para que les sirvan de ayuda otros setenta y dos discipulos, y los manda á predicar: *Misit illos binos ante faciem suam* (Luc., 10).

Fundada en estos ejemplos la Iglesia ha considerado siempre la predicacion como obligacion intrinseca del sacerdocio. Para preparar á esta divina funcion, empieza por obligar á ella á los mismos diáconos: *Diaconos oportet prædicare* (Pontifical). Y al conferir las sagradas órdenes, pone en las manos del ministro de Jesucristo el volumen de los santos evangelios, y manda espresamente: *Euntes docete omnes gentes*.

Cuando en el curso de los siglos se ha visto esta obligacion importante olvidada por los sacerdotes y pastores, la Iglesia gritó en sus concilios con divinas amenazas, despertó el zelo de la predicacion é instruccion evangélica, y estableció castigos contra los pastores que á sí mismos se alimentaban, sin cuidarse de apacentar el rebaño. Siempre los sagrados cánones, particularmente los de Latran y de Trento, mandaron como obligacion principal á todos los pastores el predicar é instruir al pueblo cristiano, á lo menos los domingos y dias de fiesta: *Per se, vel per alios idoneos si legitime impediti fuerint, diebus saltem dominicis, et festis solemnibus plebes sibi commissas pro sua, et eorum capacitate pascant salutaribus verbis* (Conc. Trid., sess. 5, c. 2). Gritad, dice el Señor por boca de Isaias (Isai., 58, 1), no ceséis, ó pastores, de hacer resonar vuestra voz, como la de una trompeta, y anunciad á mi pueblo sus pecados. Vosotros que teméis los juicios de Dios, guardaos de un silencio que haria perder vuestra grey.

Tal vez Dios cierra, por un efecto de su justicia, la boca de sus ministros, para castigar la insensibilidad de

los pueblos. Tal vez hace que llegue á pegarse al paladar la lengua de los pastores, para que queden mudos, pues la multitud de los pecados, y la abundancia de la iniquidad, hacen que indignos sean los pueblos de ser corregidos por el Señor. El hambre mas funesta con que puede castigarlos, es dejarlos en la indigencia de la palabra divina; mas ¡ay de aquellos cuya culpa da origen á tan tremendo azote! La medida del castigo que está reservado á los pueblos, es la del delito que cometen los pastores.

ART. II.

No vale la excusa del poco fruto que se logra para dispensarse de la predicacion.

¿Por ventura, podremos lisongearnos, dice san Crisostomo (Homil. 1, de Lazaro); de coger todos los peces echando una sola vez la red? ¿No bastarán para consolarnos diez, cinco, un solo pecador que quede convertido? Aun mas diremos: aun cuando ni uno solo hayamos podido convertir, no debemos juzgar inutil nuestra predicacion, pues, aun cuando hayan vuelto los pecadores á encenagarse en el vicio, no es empero con la desfachatez que antes, y ya es este un principio de conversion; y si hoy no podemos persuadir á nuestro oyente, tal vez lo conseguiremos mañana, ó mas tarde. Sucede á menudo que, despues de haber echado todo el dia el pescador infructuosamente la red, llega á coger por la tarde, ó al anochecer, cuando ya pensaba en retirarse á su casa, un pez que lejos estaba de esperar. Si licito fuera estarse desocupado siempre que el éxito no corresponde á nuestros deseos, nada habria que hacer. El labrador

no cesa de cultivar afanosamente su campo, aun cuando, durante años enteros, no logre buena cosecha, y basta á menudo una sola para indemnizarlo de las pérdidas que le acarrearón los años de carestia. Si tarda el Señor en bendecir nuestras fatigas, no debemos desalentarnos, pues en general *fructum afferunt in patientia*. Obsérvese al agricultor, dice Santiago (Jacob, 5, 7), que, con la esperanza de recoger los frutos preciosos de la tierra, espera con paciencia que Dios le envíe las lluvias de la primera y última estacion. Hay mas: si esas fatigas no aprovechan siempre á los pecadores, aprovechan á lo menos á los buenos que se vuelven mejores, y no prevarican. Enfin, si el mismo Jesucristo confiesa que derivó poco fruto de su predicacion, ¿qué tiene de extraño que no logre un pastor conversiones milagrosas? Dios no le pedirá cuenta del poco fruto, sino de la precipitacion y apresuramiento con que cumplió su deber. Bástele el ser fiel en su ministerio, y diga despues con el profeta: *El Señor me hará justicia, y me recompensará por lo que he hecho*. Y aun cuando no valga la predicacion á los demas, valdrá siempre al santo ministro, que nunca merece mas que cuando se fatiga sin lograr consuelo.

ART. III.

De la homilia.

Esta es la parte mas antigua de la predicacion evangélica, y al mismo tiempo la mas nutritiva para la grey de Jesucristo. La homilia puede compararse á la leche de una madre, ó al alimento adecuado que dispensa en la mesa á sus hijos un padre de familia. La curiosidad

acude á oír los predicadores nuevos, mas nada es mas dulce á las ovejas que la voz de su pastor; pues si el trueno de una elocuencia nueva y no acostumbrada, la declamacion y la misma presencia de un orador sagrado oído por la primera vez, despierta tal vez los ánimos y sacude el pueblo por un momento, la voz sola del pastor penetra, alimenta insensiblemente y mantiene la vida. La homilia es ese rocío del cielo, ó esa lluvia ligera y oportuna, que restaura y fecunda el campo evangélico.

ART. IV.

Método y calidad de la homilia.

La homilia tiene por objeto la esplicacion del evangelio, mas un buen pastor no pretende hacer de sus homilias otros tantos comentarios profundos del divino texto, siguiendo con reflexiones eruditas el sentido evangélico, á menos que, por amor de la variedad, quisiese hacer uso de este método, cuando á ello la ocasion convidase. La homilia, mas útil y mas substanciosa, sigue otro rumbo: anuncia en el exordio una narracion clara y sucinta de los hechos y dichos del evangelio: despues reúne y dispone todo el fondo del sagrado texto bajo dos ó tres puntos de vista principales; y esplica así al mismo tiempo el evangelio y la moral de Jesucristo.

Como hay cierto número de asuntos y máximas mas importantes en la religion y en la moral, que un párroco no puede menos de esponer á sus feligreses en el curso del año; y, como estos asuntos se reducen principalmente á lo concerniente á la murmuracion, incontinencia, deberes de los padres y madres, frecuencia de los

sacramentos, escándalo, etc.; podrá el sacerdote escoger un texto evangélico que aluda á estos puntos, sin perder el tiempo en otras ocupaciones, y hablar desde luego sobre la máxima á modo de sermón; y estos sermones podrán alternar oportunamente con las homilias.

Sea como homilia, ó como sermón, la plática parroquial exige ciertas calidades especiales.

Primeramente, debe ser breve. Mientras mas se dirá, menos retendrá la memoria de los fieles; y mientras menos, mas fruto derivarán, pues, en un discurso largo, el fin hace que se olvide el medio, y este el principio. Así no hay calidad mas odiosa en el predicador, que la prolijidad. Digamos poco, mas cosas útiles y escogidas.

Demasiado poco diria la brevedad si verbosa fuese; así el estilo de la homilia se requiere grave y jugoso. Un padre que habla á sus hijos no necesita adornos vanos: así un pastor, que debe hablar de un modo á la vez simple, claro y digno, pues la esplicacion del evangelio debe conformarse al estilo y simplicidad del mismo.

El orden puede mucho. Que haya un exordio pequeño, mas natural é insinuante; una proposicion, mas clara y verdadera: una demostracion, mas bien conducida, sin perder de vista el asunto, y con una filiacion perfecta en las reflexiones sólidas, y en las pruebas cada vez mas concluyentes. Que todo lo cierre un epilogo ligero, y acabe una breve peroracion, que trate de los afectos mas análogos á la materia. De este modo, será nuestro sermón breve y jugoso, y por consiguiente escuchado de nuestros oyentes que quedarán llenos de provecho y edificacion.

La homilia es susceptible empero de energia; á veces se indigna, pero es la indignacion de un padre que presto

se desvanece. En la peroracion, casi siempre presenta un caracter patético; y si este tono hubiese sido dominante en nuestro sermón, deberá ser mucho mas pronunciado y animoso al concluirse. Que haya poca erudicion, y sobre todo profana; y que la sagrada proceda de textos de la escritura, pocos, y adoptados, casi siempre interpretados en el sentido literal, como tambien de algunas sentencias concluyentes y concisas de los santos padres y concilios. Algunas comparaciones ayudan á la inteligencia y son del gusto de los oyentes; mas hay que tener cuidado en que sean sencillas, naturales, de cosas conocidas del pueblo, breves, y sin lujo de descripcion, no sea que se distraiga el auditorio, y deje lo sólido por lo pintoresco.

Fuera de esto, el fondo de la homilia debe consistir en razones naturales, y preferiblemente sobrenaturales, mas justas y bien presentadas; en la práctica de la vida, y en deducciones morales y ascéticas. Conociendo el pastor á su rebaño, hará que cuadren sus sermones con los vicios mas dominantes de la parroquia, si bien teniendo cuidado en escoger las ocasiones y modos mas prudentes, para que el discurso no degeneren en personalidad, principalmente si se trata de las primeras personas de la poblacion, pues muchos desórdenes deben corregirse al oido, y no en el púlpito.

ART. V.

Del catecismo y su importancia.

La instruccion es aun mas útil que la predicacion, y, en caso de necesidad, mas valdria que faltase un párroco

á la homilia que al catecismo, pues es este de inmensa necesidad, y, por consiguiente, de deber imperioso. Las escuelas y los ejercicios de la doctrina cristiana, desvelos increíbles costaron al zelo del inmortal Borromeo; mas nada menos que esta santa institucion podia disipar la ignorancia que oscurecia la Iglesia de Jesucristo. Asi no hay cosa alguna que mas reclame el zelo de los santos pastores, y ay de aquellos que lo descuidan ó lo dejan caer en decadencia. Nada hay que mas contribuya á esta decadencia como el cumplir mal ó con negligencia con esta obligacion, ó el discontinuarla. Pastores haraganes, vosotros dejais crecer la ignorancia en vuestro pueblo, y con la ignorancia crecerá la perdicion de las almas. ¿Para que sois pastores, si no apacentais vuestro rebaño? *Nonne greges pascuntur a pastoribus?* (Ezech., 34.) Una parroquia mal instruida es la vergüenza del pastor.

Sacerdotes de Jesucristo, asociaos con zelo á este santo ministerio. ¿No os mueve á compasion esa multitud de pobres y toscos cristianos, esa multitud de niños que no saben lo necesario para salvarse? ¿Pensais acaso degradaros, ejerciendo un ministerio ejercido por Jesucristo y por los mas doctos y mas santos prelados de la Iglesia? ¿Puede haber bajeza en la esplicacion de los misterios y de la doctrina de Jesucristo? ¿Osareis decir acaso que esto no entra en vuestros deberes? ¿A quien puede tocar la instruccion del pueblo sino á los sacerdotes? Mas si no quereis efectuarlo como deber, efectualdo á lo menos como obra de misericordia, pues es esta una de esas limosnas que el Señor estima como hechas á si mismo: *Quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis* (Math., 25, 40).

ART. VI.

Del catecismo menor, ó sea el de los niños.

Hay dos suertes de catecismos : el menor para los niños, y este se denomina con propiedad el catecismo : y el mayor para el pueblo, y este se llama la instruccion.

El catecismo menor se hace principalmente por preguntas y respuestas; pero importa que sean estas sencillas y breves; que nazcan unas de otras; que se repitan ó menudo y siempre con los mismos términos; que, cuando el caso lo exija, se hallen desmenuzadas y descifradas con otras preguntas y respuestas oportunas, cada vez mas simplificadas, y reducidas á la inteligencia de los niños.

Un párroco diligente se pone de acuerdo con los maestros de primeras letras, cabiéndole deber de intervenir á menudo, animar y examinar este ramo de enseñanza; pues la esperiencia enseña que la instruccion continua de los niños exige para que dé buenos frutos, la cooperacion de las escuelas, y la buena armonia entre el párroco y los maestros. Por este motivo, visita á estos á menudo el buen pastor, y se pone de acuerdo con ellos sobre el medio de que aprendan los niños el texto del catecismo, y las esplicaciones sencillas y acomodadas á su ingenio. A este fin, promete premios, acaricia á los mas diligentes, fomenta la emulacion, se esfuerza en hacerse pequeño con los pequeños : *Facti sumus parvuli in medio vestrum, tanquam si nutrix foveat filios suos* (*Tesalon.*, 1, c. 2, 7). Procura romper y ablandar un pan adaptado á los dientes de leche : *Lac vobis potum dedi, non escam* (*Corint.* 1, c. 3, 2), y continua con paciencia

y perseverancia una fatiga que, en su mérito y frutos, supera á tantas otras que tienen una esterioridad y una apariéncia mas luminosa.

Un buen párroco debe hacer concordar con el catecismo de la escuela el de la Iglesia en los dias festivos, y hacer que, á cada fiesta, dos niños, ó dos niñas reciten alternativamente en medio del pueblo algunas lecciones del catecismo; y, despues, esplicar durante un cuarto de hora ó mas, una leccion del mismo catecismo, con el método de preguntas y respuestas usado en la escuela. De este modo la leccion de esta prepara la de la Iglesia, y la vuelve mas fácil y mas franca en los niños, con satisfaccion del pueblo, que escucha el catecismo de boca de sus hijos.

En las grandes parroquias, en que hay muchos niños, y en que no faltan oportunos eclesiásticos, bueno es separar del pueblo, y reunir en algun oratorio contiguo á la Iglesia, la multitud de niños y niñas de mayor edad; y en otro oratorio, los de edad menor : ó bien en uno todos los niños de ambas clases, y en otro las niñas, para continuar en uno y otro el catecismo menor mediante los sacerdotes cooperadores, mientras que dure el catecismo mayor del párroco al pueblo en la Iglesia parroquial, en la que deberán ser reconducidos despues procesionalmente los mismos niños y niñas para asistir á las vísperas y demas funciones.

ART. VII.

Del catecismo mayor, ó sea la instruccion de los fieles.

Este sigue las mismas materias, mas con un orden mas elevado, progresando lentamente en la esplicacion

de todas las partes de la doctrina cristiana, que son el simbolo, el padre nuestro, los mandamientos, los sacramentos, las virtudes cardinales y los vicios capitales.

Cada instruccion empieza con un breve epilogo conmemorativo de la instruccion precedente en la misma materia. Viene despues la preparacion que anuncia el argumento de la nueva instruccion de que va á tratarse, los puntos en que se divide, los efectos y frutos que deben resultar. Este primer espejo de la materia prepara los ánimos y ayuda á la intencion. Trátase á continuacion del cuerpo de la instruccion, que consiste en el desarrollo de la doctrina, y en la demostracion de las verdades cristianas mediante textos claros y literales de los libros divinos, de los santos padres y de las decisiones de la Iglesia. Alguna comparacion, con tal que no sea chabacana, ó arrostrada por los cabellos, ó indecente y poco acomodada al lugar y al ministerio, no está de mas, y ayuda mucho á la inteligencia de la doctrina.

La mejor regla en lo tocante á esta parte de la instruccion es la de san Agustin : *Ut qui audit vera audiat, et quod audit intelligat* (August. *De Doctr. Christ.*, lib. 4, c. 10). Importa atenerse escrupulosamente á la sana doctrina, abandonando las narraciones poco seguras, las cuestiones inciertas y sutiles en demasia, los sofismas agenos de la fe que solo sirven para alimentar una vana curiosidad y dar origen á dudas. Importa arrojarse *toto homine* en el auditorio, y hablar con esa familiaridad, y con esa fuerza y claridad que mantiene viva la atencion, y hace penetrar la verdad aun en los que no la buscan. Mas importa sobre todo inspirar en los oyentes una gran sumision á los misterios de la fe, enseñándoles á adorar lo que no comprenden, pues, como dice san Basilio, si

el caracter de los filósofos es el examen y el racionio, el de los cristianos es la creencia y sumision ; y los apóstoles que anunciaron la palabra de Dios, nunca discurren sobre ella, sino la predicaron simplemente, sin nada añadir de su ingenio.

La conclusion y peroracion del catecismo debe epilogar rapidamente los puntos doctrinales explicados ; y aquí conviene, para sacar buen fruto, insistir en la práctica cristiana. A este fin, iluminar conviene esta práctica con algun hecho escogido y oportuno, sacado de la Biblia, ó de las mas veridicas historias eclesiásticas, ó de las mas acreditadas vidas de santos, guardándose bien de algunas crónicas insipidas, ó de envilecer las verdades católicas con anécdotas y leyendas inverosímiles y ridiculas. Por último una breve exhortacion á la misma práctica da calor al corazon del auditorio, y apoya el fruto de la doctrina.

ART. VIII.

De la predicacion precipitada y sin esmero.

Gran parte de los predicadores, y especialmente de los párrocos, trata la palabra de Dios con deplorable negligencia. Contentos de satisfacer, en cierto modo sin fatiga, á lo exterior del deber, y poco solícitos por el fruto que deben producir, se abandonan á una locuacidad estemporánea, y á una declamacion desordenada y grosera, que ultraja la sublimidad de los misterios y de la santísima moral de Jesucristo. Estos tales no quieren tener la pena de preparar sus discursos, y se esponen al público, siempre respetable, con una confianza que merece lla-

marse temeridad. Llegan el sábado y tal vez el domingo por la mañana, sin haber aun estudiado su homilia ó catecismo, y, despues de haber hojeado de prisa un libro que no siempre es el mejor, se apropian cuatro conceptos, y van á hacer el sermon, solo para poder decir : *He predicado*. Uno de estos blasonaba en una ocasion, que en un abrir y cerrar de ojos preparaba la homilia, y que poquisimo lo costaban sus sermones; á lo que le fué respondido : *Lo que menos cuesta al predicador, es en general lo que mas cuesta á los oyentes*.

Esas verdades tan grandes en sí mismas, tan admirables en la simplicidad del Evangelio, tan nobles y patéticas en boca de Massillon, tan magestuosas y sublimes en la pluma de Bourdaloue, no parecen las mismas en nuestros sermones. En vez de desenvolverlas y mostrarlas en la plenitud de la doctrina, apenas las tocamos de un lado; en vez de hacer brillar su esplendor con lo claro del diseño y con la gravedad del estilo, las oscurecemos y degradamos con la tenuidad de nuestros discursos, que poco nos cuidamos de preparar con estudio preliminar y adecuado. Sobre este particular, decia un dia un parroquiano : *Cuando el señor cura sube al púlpito, nunca sabe lo que va á decir, cuando en él se halla no sabe lo que dice, y cuando baja no sabe lo que ha dicho*.

Por mas grande que sea el talento y la ciencia de un párroco, si realmente tiene zelo por la instruccion de sus feligreses, por la salvacion de las almas, y, añadir podemos, por su propio decoro, obligacion tiene de estudiar en buenos autores la materia de que piensa tratar, como igualmente componer su diseño, y formar una con-textura clara y sólida, para hablar con dignidad, y ha-

cer que fruto logren sus oyentes. ¿En qué emplea toda la semana un párroco, que muchas veces nada tiene que hacer? ¿Porqué no toma á pecho una parte tan importante de su ministerio? No queremos decir con esto que debe refinar sus sermones, sino que los arregle, los enriquezca con buena doctrina, que insista en la práctica, que presenten un estilo fácil y llano, si bien decoroso é insinuante. No hay que olvidar que responsables somos para con Dios del fruto que podemos hacer, y no del deber materialmente cumplido. Hay gran diferencia en cuanto al fruto, entre un sermon estudiado, y otro bosquejado apenas. El don de improvisar apenas lo posee el que es ducho y consumado en el estudio y ejercicio. En un punto como este, tratándose de ganar almas al cielo, la negligencia de un párroco es culpa gravisima y de mucha responsabilidad en el tribunal de Dios.

ART. IX.

Falsa excusa de los que descuidan ó desempeñan mal el deber de la predicacion.

Abúsase frecuentemente de la máxima, que en las pláticas parroquiales, importa hablar claro y con llaneza. No hay duda en ello; mas tambien con el decoro que exigen la dignidad del Evangelio y el lugar santo. ¿Y qué medio hay de hablar claro, si no se halla bien ordenado, y consiguientemente bien meditado el asunto de nuestros discursos? Tampoco hay que confundir la claridad con la bajeza. Ello es cierto que no hay estilo alguno, ni aun el sublime, que no deba ser claro, pues falsa sublimidad es la que afecta una jerga de elevacion inin-

telegible. Mientras mas estudiado será el discurso, tanta mayor claridad presentará. Eso de hablar con llaneza y sencillez, no quiere decir ensartar palabras, ni charlar sin ton ni son, y sin dignidad, pues se puede ser popular sin ser chocarreró ni chabacano, y, á veces, sin ser ridiculo. El auditorio, que es mejor juez de lo que se cree, escucha con placer las homilias jugosas y bien ordenadas, al paso que se burla de esos temerarios habladores que faltan á la vez alres peto al auditorio y al Evangelio con la insipidez y confusion de sus predicaciones. La mala manera de predicar engendra el desprecio por la palabra divina.

Hay predicadores que, bajo el pretexto de energia y libertad de palabra, alzan la voz y ultrajan los oidos de los fieles con términos de calles y plazas, é indignos del templo de Dios. Esto no es libertad sino libertinage. No admite duda que gusta á la multitud la algazara de vituperios y amenazas, mas hay muchos á quienes no gusta, que quisieran mayor decoro en el lugar sagrado, y mayor respeto para con el público. Las bravatas impetuosas, las invectivas, los epitetos ordinarios y descomedidos, nunca son dignos del santuario, y rara vez se puede excusar como efecto de un zelo indiscreto.

Otros finalmente con la idea de despertar la atencion, afectan un despejo escesivo y una mimica estrafalaria, al paso que emplean frases chocarreras, é indignas de un ministro de Jesucristo. La santa palabra de Dios no necesita de bufonadas para ser escuchada, y el templo del Señor es lugar de llanto y suspiros, y no de risas y dichos chistosos. Tal vez podrá gustar un predicador de este modo; mas no será á las personas inteligentes y de gusto que preferirán siempre un orador parco y delicado,

y se indignarán de ver convertida en comedia la doctrina. Nada hay mas dificil que las agudezas decentes y nobles, al paso que pululan las sandeces y groserias; mas de un modo ú otro, el donaire y sutileza no deben habitar en la casa de Dios.

La pretendida claridad que raya en bajeza, la libertad que degenera en arrogancia, la agudeza que se convierte en indecencia, son otros tantos defectos de la predicacion, que évitár deben muchos párrocos y algunos misioneros.

ART. X.

De la predicacion estudiada en demasia, ó mal estudiada.

Otra clase de predicadores peca por estudio escesivo, ó, por mejor decir, por mal estudio. El demasiado esmero conduce á lo alambicado y afligranado; y, en este estado, todo sale del ingenio, y de un ingenio poco laudable, y nada del corazon. Exordios remotos y llenos de artificio; proposiciones y divisiones nuevas, temerarias, extravagantes; conceptos y raciocinios sutiles y arrastrados por los cabellos; comparaciones viciosas, epitetos parásitos, espresiones retumbantes: todo esto da un aspecto de elegancia, mas de una elegancia falsa, sin sobriedad ni gusto. Y hay que confesar que, por desgracia, es harto comun este lenguaje sin dignidad ni cordura en nuestra Italia que siempre sacrificó á la imaginacion. Hay jóvenes de talento, mas desprovistos de zelo, sin justa idea de la predicacion, y del fin que se propone, que se precipitan con ardor en esta carrera como en un teatro de gloria profana, con la firme resolucion de llamar la atencion y aturdir á sus oyentes, y parecen que